



El Capítulo, ejercicio de escucha

Hna. Pilar del Barrio, D.M.S.F.

Un Capítulo es una de las más bellas expresiones de la vida de la Orden porque, tal como señala fr. Carlos Azpiroz, los miembros de la Orden “acuden a él con sus gozos y esperanzas, tristezas y angustias como un momento de inspiración- para pronunciar al mundo una palabra de gracia y verdad como una aspiración-. En las sesiones capitulares y en el trabajo de las comisiones los hermanos nos escuchamos unos a otros y descubrimos el sentido más profundo de la obediencia que ante todo es escucha”. Para que así sea la preparación de un Capítulo ha de ser cuidada y articulada de modo que las voces de cada uno de los hermanos, la de la Iglesia y el mundo y la del Espíritu, que sigue convocándonos para dar respuesta a los hombres y mujeres de nuestro tiempo desde el carisma recibido de nuestros fundadores, pueda ser escuchada.

¿Cómo hacer para que verdaderamente emerjan las voces, las inquietudes, las intuiciones y la creatividad de los hermanos, los sueños y las visiones que el Espíritu suscita en medio de ellos? De la respuesta a esta pregunta dependerán los frutos del Capítulo, la capacidad real de los documentos e inspiraciones del mismo para transformar la vida de la Orden, recreando la vida y la capacidad de los hermanos para dar respuestas nuevas y significativas a un mundo en permanente cambio.

Una mejor escucha está ligada al mejor ejercicio de búsqueda común tan característico de nuestra Orden desde sus comienzos: la voz de todos se lleva al Capítulo para que éste haga un discernimiento, tratando de descubrir la voz del Espíritu que llega a través de todos. Como señalaba Timothy Radcliffe, todos los textos que emanan de un Capítulo tendrán verdadera autoridad si nacen de la atención que prestamos a Dios y a nuestros hermanos.¹

En un Capítulo participamos todos*

Motivar la participación de todos los hermanos requerirá, en primer lugar, poner a todos los miembros de la Orden en movimiento para hacer ese camino que siempre nos prepara para la Pascua y que está hecho de ejercicio de sana autocrítica: de toma de conciencia de la propia limitación, de reconocimiento de nuestras tibiezas e ídolos; de escucha del clamor de nuestro pueblo, para atrevernos a subir a Jerusalén confiados en que aquello a lo que hemos de morir será germen de vida nueva en Jesucristo. Preparar un Capítulo es animar a toda la Orden a entrar en el misterio de muerte y resurrección, especialmente en estos tiempos de cambios. Este camino, que regenera la fe y la esperanza, desnudos de las seguridades de “lo que siempre ha sido”, nos abrirá la posibilidad de acoger los sueños y visiones nuevos que el Espíritu quiera suscitar entre nosotros.

Animar este camino es tarea esencial de los Equipos de Gobierno y comisiones organizadoras que tienen la misión de preparar un Capítulo. La invitación a todos a escuchar juntos la Palabra, rumiarla y dejarnos transformar por ella, posibilitará que todo lo demás que hemos de hacer, como preparación a la celebración de un Capítulo, esté preñado de la inspiración del Espíritu.

La segunda tarea que hemos de acometer en la preparación de un Capítulo es romper la percepción de que éste es irrelevante porque “nada cambiará” como fruto de la celebración del mismo. Desencadenar expectación, requerirá, por tanto, dosificar comunicaciones claras, sencillas, que lleguen a todos, que conecten con todos, que despierten el interés de todos.

En tercer lugar es necesario sembrar el convencimiento de que el momento que vivimos requiere cambios y adaptaciones porque nos movemos en un contexto cambiante, dentro y fuera de la Institución y eso implica una necesaria flexibilidad para dar respuestas nuevas a los nuevos retos. Por eso habrá que desencadenar procesos de creatividad que nacen de la pasión recuperada al contacto con las propias raíces carismáticas, con la pasión inicial que llevó a nuestros fundadores a dar respuestas concretas a las necesidades de su tiempo. Con la certeza de que el mismo Espíritu sigue generando visiones y sueños en medio de nosotros que darán respuesta a las del nuestro.

* Por mayor agilidad, utilizo el término "orden" como genérico, para referirme a ésta, a una Provincia o una Congregación.

Preparación próxima y preparación remota. Fijar los objetivos

Un Capítulo no es un hecho aislado, puntual, sin conexión con el devenir cotidiano y procesual de la Orden. Es, ciertamente, un momento especial y privilegiado para mirar a nuestra realidad y proyectarnos hacia el futuro. La “empatía” necesaria para el ejercicio de escucha que es un Capítulo se crea a través de la escucha atenta a la realidad de la Orden, de la Iglesia y de la humanidad en el día a día de los periodos intercapítulos. Ahí los Equipos de gobierno tienen una enorme tarea que realizar a través de todos los medios posibles.

Esa escucha permitirá no sólo crear “empatía”, sino que también ayudará a identificar los ejes de los temas centrales que han de articular el Capítulo, que, si proceden de la escucha, engancharán con la vida de los hermanos, les interesarán y posibilitarán su incorporación al proceso de preparación “próxima” del mismo.

Un Capítulo ha de ser un momento de revisión de procesos, de metas alcanzadas y aún por alcanzar, de procedimientos. Para ello hemos de identificar las “tareas pendientes”, las concreciones que se necesitan, los temas que fueron abordados pero no llegaron a ninguna parte tras el Capítulo anterior, lo que se ha estancado y por qué, lo que ha sido capaz de generar respuesta y entusiasmo. También los temas que, sin llegar a ser centrales en aquel momento, quedaron apuntados como cuestiones a abordar en el futuro. Sería una gran miopía no tenerlos en cuenta pues, quizás, ya les ha llegado la hora.

Las voces que no pueden faltar en un Capítulo:

a) La situación real de la Orden

Es tiempo de cambios, guiados por el Espíritu... pero la sabiduría empieza por llamar a las cosas por su nombre, por hacer buen análisis de la realidad, por identificar signos de vida, y signos de muerte. Ambas cosas, vida y muerte, logros y necesidades, fortalezas y debilidades nos indican hacia dónde hemos de caminar. Un buen análisis de la realidad es imprescindible para poder acometer el futuro con realismo.

Habitualmente se intenta reflejar esta realidad en las memorias e informes presentados al Capítulo. Cuidar la forma en que se elaboran y presentan estos informes es fundamental. Es importante definir de antemano qué se ha de recoger exactamente en esos informes y cómo, qué datos son significativos para el propósito del Capítulo, qué temas han de ser reflejados en ellos que sean verdaderamente relevantes, etc. . De nos ser así podemos encontrarnos en un Capítulo con una serie de prolijos informes, cargados de datos irrelevantes o carentes de conexión con los temas centrales o con la vida. Si logramos que los informes respondan a pocas preguntas pero relevantes y bien centradas, los capitulares tendrán una clara visión de la realidad.

b) Las interpelaciones del mundo, la Iglesia y el propio carisma

Estamos llamados a mantener siempre los ojos bien abiertos y los oídos bien atentos a la realidad de nuestro mundo, que nos interpela constantemente y al que estamos llamados a dar una respuesta según el carisma que hemos recibido. Son las voces que nos cuestionan, nos urgen, a veces sin saberlo, a ponernos en camino para ir siempre más allá, hacia las fronteras entre la vida y la muerte, la verdad y la mentira, la justicia y la opresión, el egoísmo y la solidaridad.

El Capítulo es un acontecimiento eclesial, no es asunto que atañe ni afecte sólo a la Orden. Sentimos con la Iglesia y, con ella y dentro de ella, estamos llamados a ser testigos del Dios vivo en medio del mundo. Por eso hemos de escuchar atentamente las interpelaciones que la Iglesia nos hace en este momento histórico, en los lugares donde estamos insertos, en los que con toda la Iglesia, comunidad de creyentes, hemos de actualizar hoy nuestra pasión por Dios y por la humanidad.

Y es un acontecimiento de revitalización carismática, por eso la visión y la pasión primera, aquellas que inspiraron a nuestros fundadores, han de ser marco de referencia constante en la preparación y el desarrollo del Capítulo.

La voz de los hermanos

¿Qué piensan nuestros hermanos y hermanas? ¿Qué les preocupa? ¿Cuáles son los límites con los que se encuentran? ¿Cuáles sus deseos y esperanzas? En la medida en que cada hermano sienta que su vida, sus preocupaciones y esperanzas, sus dificultades y logros serán escuchadas, podemos esperar que las orientaciones del Capítulo no les sean ajenas. Es importante recoger esas voces con métodos adecuados. Lo importante es que demos la voz a quienes están en la primera línea de la misión y a quienes ya la viven desde la “retaguardia” por su edad o limitación, a los jóvenes, los de mediana edad y los ancianos, a los que viven situaciones de precariedad y a los que derrochan entusiasmo.

La voz de los profetas

Hay presencias, comunidades, misiones, personas que, frecuentemente, son casi marginales en la vida de las instituciones y, sin embargo, encierran una gran carga profética en su manera de vivir, de responder a las necesidades de su entorno, en su forma de encarnar la intuición primaria de lo que está llamado a vivir la Orden. Con frecuencia sus voces quedan, sin embargo, casi apagadas por aquellas otras que, quizás por ser mayoritarias, se escuchan con más frecuencia. Liberar, sacar a flote esas intuiciones que pueden ser proféticas ha de ser uno de los objetivos en la preparación de un Capítulo. Se trata de buscar lo que hay de vida nueva, que siempre lo hay, en nuestras instituciones, aunque sean pequeños brotes, apenas identificables. Tener la vista suficiente para detectar ese “algo nuevo” que está naciendo es importante, no sea que quede ahogado por falta de atención lo que puede llegar a regenerar la vida de todo el conjunto.

Los sueños y las propuestas

Tal como afirma Consuelo Junquera, “Para que algo nuevo nazca, primero hay que soñarlo, imaginarlo, desecharlo. Y este deseado sueño, luego, es preciso diseñarlo.”² Hemos de sacar a flote los sueños, prestarles atención, saber detectarlos a tiempo, identificar la vida que apuntan, definir su forma, aunque sea incipiente y llevarlo adecuadamente al Capítulo para que pueda salir de él reforzado y con viabilidad.

A veces proyectos e intuiciones valiosas se mueren en el camino por no haberse estudiado, diseñado y presentado adecuadamente. Un proyecto bien trazado, previamente sometido a la consideración de las instancias implicadas (Provincias, Centros, comunidades, según los casos), enriquecido con las propuestas que de unos y otros puedan llegar, con suficientes concreciones en términos de objetivos, acciones, recursos humanos y materiales, procesos de revisión, etc. Puede abrir ventanas al futuro y contar con el necesario respaldo para llevarlo a cabo.

“En general los cambios suelen originarse en los fogones en la línea, de las bases de las organizaciones, que son los que se dan cuenta de los auténticos problemas, aunque también es cierto que al no estar condicionados por las ataduras reguladoras, se creen que hacer cambios es más fácil de lo que parece”.³ Por eso hemos de promover todo tipo de foros que provoquen comunicación, debate, implicación de todos que puedan generar propuestas a ser presentadas al Capítulo.

La voz de los laicos

Sería interesante hacer un análisis de las declaraciones capitulares de los quince últimos años desde la perspectiva de la incorporación de los laicos a la misión de la Orden o Congregación. Todos, de una forma u otra, han dicho probablemente una palabra en este sentido.

¿Podríamos seguir convocando Capítulos sin incorporar la voz de los laicos, entre esas voces destacadas que no podemos ni queremos dejar de escuchar? Seguramente no, pero ¿cómo llevar a cabo esa incorporación en un momento de tal importancia para la vida de la Orden? Si hay algo que debemos evitar a toda costa, por respeto a nosotros mismos y a ellos, es incorporar a los laicos como “convidados de piedra”. Si se convoca a alguien es porque creemos que tiene una palabra que decirnos, porque estamos convencidos de que el carisma de la Institución no es privativo de los religiosos, sino que reconocemos en otros y otras esas mismas señas de identidad carismática, encarnadas en estados de vida diferentes y, por ello, no podemos definir nuestra misión sin ellos.

Del mismo modo en que buscamos, al preparar un Capítulo, formas de sacar a flote las voces de los hermanos, hemos de desencadenar procesos que nos hagan llegar, por boca de los laicos, dificultades y esperanzas, retos y horizontes nuevos, sueños y profecías, gestados en el camino hecho en común con nosotros.

¿Quiénes son? ¿Dónde están? ¿Cómo se relacionan con nosotros? Frecuentemente ni siquiera reparamos en ellos y, sin embargo, tras un largo recorrido vital hecho con nosotros, se sienten identificados con nuestro carisma de una forma u otra. La preparación de un Capítulo puede ser una excelente oportunidad para escuchar su voz. Bastará preguntarles, desencadenar una reflexión, dejarles que se cuestionen y nos cuestionen nuestra vida, nuestra misión, nuestra relación carismática con ellos.

Los que han de escuchar en el Capítulo

En la medida en que se haya logrado crear en la Institución la conciencia de que el Capítulo es cosa de todos, que afecta a todos, la elección de los capitulares se hará con criterios de idoneidad. Son estos quienes han de hacer el ejercicio de escucha y discernimiento que corresponde al Capítulo. Crear conciencia de la

responsabilidad implicada en la elección, no es un ejercicio banal, pues de ello dependerá en cierta medida el desarrollo del Capítulo.

Cada Institución tiene definida la composición del Capítulo en lo que se refiere a la representación regional, provincial o local, atendiendo generalmente a una representación balanceada de las diversas entidades que han de estar representadas en el Capítulo, o, en algunos casos, al tipo de Capítulo que se celebra.

En sistemas de organización, que van evolucionando desde modelos más piramidales a otros más reticulares, cabe preguntarse si la simple representación proporcional de entidades o territorios geográficos, garantiza la adecuada representación de las voces que han de escucharse en un Capítulo y la necesaria competencia para el discernimiento en situaciones complejas y cambiantes.

Probablemente en una situación mixta, donde se mezclan estructuras tradicionales y nuevas redes organizativas sería conveniente buscar fórmulas que permitan una representación de ambas en el Capítulo, que pueda redundar en una mayor competencia de los capitulares en los diversos temas a tratar. No se trataría de hacer Capítulos de “expertos”, sino Capítulos donde la diversidad de situaciones vitales, edades, áreas de misión, contextos de inserción, etc. puedan estar representadas.

La dinámica del Capítulo

La dinámica que se siga en el Capítulo no puede estar desvinculada de la forma en que se ha hecho la preparación, ni de los objetivos del mismo, que han de estar claramente identificados, sin que eso signifique cerrarnos a las sorpresas. La dinámica del desarrollo del Capítulo no se debe dejar a la improvisación. Es necesario organizar con esmero algunos aspectos de la misma que son fundamentales:

- La estructuración del tiempo, de forma que aseguremos el espacio necesario para cada cosa: el análisis de la realidad como punto de partida, la escucha de todas las voces que nos van a llegar, la discusión y el discernimiento, el clima de oración adecuado que nos permita escuchar la voz del Espíritu, vivir y celebrar desde la Palabra todo el proceso.
- Seleccionar las voces proféticas que han de escucharse “en vivo y en directo” y darles el tiempo oportuno en el momento más adecuado. Pienso, por ejemplo, en la conveniencia de dar la palabra en el Capítulo a personas que puedan presentar cuestionamientos a la institución desde las fronteras de misión.
- En todo el proceso jugarán un papel fundamental las dinámicas de trabajo que se utilicen en los diferentes tipos de sesiones, plenarias, comisiones, etc., que ayuden a destacar los elementos fundamentales de los temas y a alcanzar consensos, evitando polarizaciones o largos debates muchas veces innecesarios y estériles. La preparación del moderador, ya sea un miembro del propio Capítulo o uno externo, y su grado de preparación en las técnicas de dinámica de grupos, puede ayudar en gran medida al desarrollo del Capítulo.

En los casos en que el Capítulo tiene que proceder a elegir Equipos de Gobierno, es fundamental determinar cuál es el momento más adecuado para ello, dentro del conjunto del programa capitular. Con frecuencia la elecciones tienden a convertirse en el eje central de los Capítulos, restando energías y atención a la fundamental tarea de marcar el camino hacia el futuro y la forma concreta en que la Orden quiere encarnar su “visión” en un proyecto de “misión” claro, aglutinador, asumible por todos, con metas y estrategias concretas.

Lo que ha de salir del Capítulo

Frecuentemente se constata una cierta desafección frente a los documentos emanados de los Capítulos. Una preparación adecuada, con la participación de todos, donde se escuchen verdaderamente las voces de todos los hermanos, las interpelaciones de nuestro mundo y de la Iglesia, con una dinámica de trabajo bien establecida, puede llegar a lograr su objetivo: marcar el camino de futuro y plasmarlo en documentos con los que puedan identificarse la mayoría de los miembros de la Orden.

Cuidar la preparación es hacer un ejercicio de escucha, de dinamización de la Orden y fomento de la creatividad que nace del convencimiento de que hoy, aquí y ahora la Palabra de Dios se cumple: “Profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, vuestros ancianos tendrán sueños, vuestros jóvenes verán visiones” Joel 3,1-2.

1.- Timothy Radcliffe, Homilía en la eucaristía final del Capítulo de Bolonia 1998.

2.- Consuelo Junquera, “*Las utopías y su función psicológica*”, Revista Vida Religiosa, cuaderno 5, año 2006, vol.100

3.- J.A. Delgado Gutiérrez, “*Las Congregaciones desde una perspectiva empresarial*” Revista VR, cuaderno 2, año 2007, vol.102